

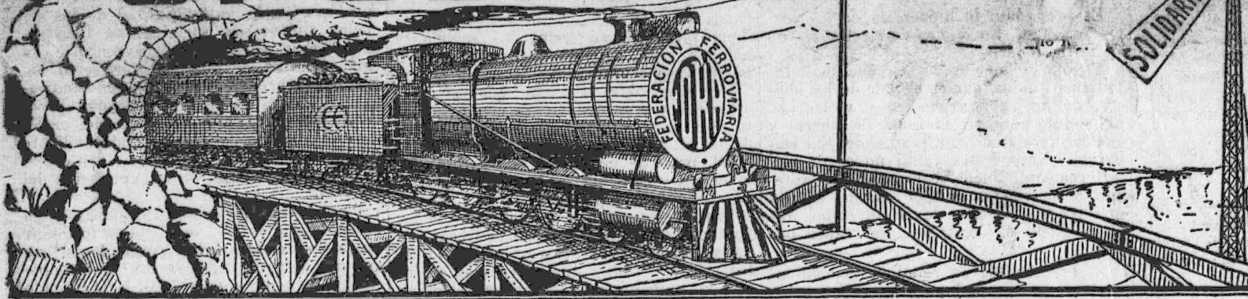
# El Obrero Ferroviario

Organo de la Federación Ferroviaria

Aparece quincenalmente

BUENOS AIRES, MAYO 1º DE 1920  
AÑO VIII N.º 83

Redacción y Administración  
MÉJICO 1856 - U. T. 3180, Libertad



## El deber del momento

La última guerra — provocada por los apetitos imperialistas — ha acelerado el proceso de descomposición del régimen capitalista, de tal modo que, a la hora actual, puede decirse que ya no existe ni rastro de aquel viejo y estrecho espíritu conservador que consideraba al régimen democrático como una maravilla digna de perpetuarse. El horrendo crimen de esa guerra, vasta y despiadada como ninguna otra; su colosal despilfarro de vidas y bienes, que ha empobrecido a la humanidad, han patentado toda la injusticia que el régimen burgués contenía en sí. Y la conciencia humana — palpitante de equidad y justicia — experimentó la más profunda repugnancia por el régimen que generó tan enorme cataclismo social.

Es por esto que hoy, aun los elementos reaccionarios y venales — que se constituyen en corporaciones combatientes —, al referirse al régimen en que vivimos, admiten que éste no podrá subsistir sino se operan en él profundas y hasta radicales transformaciones. El viejo espíritu conservador, que consideraba intangible el régimen social vigente, puede decirse que ha desaparecido; por lo menos, eso ha ocurrido, sino entre nosotros, en los principales países civilizados.

Pero nadie habrá dejado de notar que tan profunda crisis histórica como la radical transformación del sentimiento público, no ha sido aprovechada como debía por los trabajadores revolucionarios, herederos históricos del capitalismo.

Desde la iniciación de la lucha proletaria, nunca las circunstancias fueron tan propicias como ahora para materializar los ideales de redención social. El sentimiento religioso, el estrecho espíritu nacionalista que otrora impedían el avance del ejército de trabajadores rebeldes, ya no tienen eco en las masas. La generalidad de los obreros tienen hoy el cerebro despojado de supersticiones y prejuicios. La burguesía, por su parte, desorientada y decrepita, carece de voluntad y révelase cada día más inapta para regir los destinos humanos.

Es notorio, además, que las enormes fuerzas productivas que el régimen capitalista desarrolló con la competencia desenfrenada, hace necesaria la transformación social. Es tan enorme hoy el poder de las fuerzas productivas, que si éstas continúan bajo el dominio absoluto de unos cuantos magnates, la humanidad — a pesar de la democracia política — se verá conducida a un estado de esclavitud que el progreso moral del hombre ya no tolera.

Basta reflexionar un instante sobre la importancia trascendental que tienen para la sociedad humana los medios de comunicaciones y transportes, para comprender que ellos no deben pertenecer en propiedad a un núcleo reducido de individuos. Y mientras esa situación subsista, la civilización y la vida colectiva se hallarán a merced de esos hombres, quienes, no obstante su falta de títulos jerárquicos, ejercen en la realidad un poder más formidable que el de todos los déspotas que execra la historia.

Puede, por lo tanto, aseverarse que la transformación de este régimen absurdo — que en el campo teórico ya no tiene defensores — no ha de demorar mucho; y el tiempo que aún sobreviva el capitalismo, lo deberá éste, más que a sus propios méritos, a la incapacidad de los trabajadores, los que no obstante comprender la necesidad de liquidarlo — falto de nobleza espiritual —, no ha sabido desear los enconos y rencores personales y de partido, para materializar la sublime exhortación de Marx: "¡Proletarios de todos los países, uníos!", que ya los habría hecho libres y suprimido la ignominia humana de la explotación del hombre por el hombre.

Tal es la situación a que hemos llegado, que, sin ningún temor de errar, puede afirmarse que el peligro mayor está hoy representado por la división proletaria. El fraccionamiento de las fuerzas obreras es, en todas partes, el sostén más firme de la burguesía, y, a la vez, la dificultad más seria para el triunfo de la revolución.

Es, pues, conveniente que los trabajadores aprovechen su día simbólico para reflexionar sobre los problemas que se le presentan. Y si lo hacen, se convencerán de que la clave para solucionar sus problemas y el remedio para curar sus males, está en la perfecta unidad de la clase.

La división es un cáncer que corroe las energías y amenaza su vitalidad. Si ella subsiste, el progreso resultará cada vez más difícil y se hará casi imposible la anhelada emancipación.

Además, conviene tener en cuenta que si en otros países puede tener alguna explicación la división obrera, no ocurre lo propio entre nosotros. En nuestro movi-

miento sindical, desde los últimos congresos de la F.O.R.A., en los cuales quedó establecida la autonomía sindical y la absoluta prescindencia en materia política e ideológica, la división no tiene razón de ser ni justificativo posible.

Y pretender mantenerla todavía, es traicionar los ideales de redención de nuestra clase y defraudar, al propio tiempo, a la humanidad, que anhela la libertad y la justicia; anhelos que no podrán materializarse sin el triunfo del proletariado.

## Importancia de las tareas ferroviarias

La utopía de realizar la revolución social por medio de reformas paulatinas, legales y pacíficas, producto de una acción legislativa y democrática, va poco a poco descartándose de toda posibilidad de realización. La burguesía misma al que-

métodos y procedimientos a emplearse para determinar la transformación y derribamiento del régimen actual.

La concepción más general y corriente en el mundo de los productores es hoy por hoy la de que será necesario obrar en virtud de un gran impulso colectivo — de clase —, utilizando en toda su amplitud la fuerza sindical de los productores, haciendo que ésta — en determinado momento y circunstancia — adquiera la expresión revolucionaria y

ral, es necesario establecer una distinción inteligente.

Así, pues, no será posible establecer un parangón de igualdad entre las funciones ferroviarias y la de ciertas industrias particulares — como la zapatería, la ebanistería, la herrería, etc. — en el instante preciso de la revolución. Las actividades de las industrias referidas pueden llegar a supresión temporal, sin detrimento ni perjuicio para la acción de los trabajadores. En cambio, la prosecución normal de las actividades del transporte, en la hipótesis — remota o próxima — de una revolución proletaria, colocaría a los trabajadores — si ellas estuvieran a su servicio — en condiciones ventajosas de lucha frente a su enemigo.

Los ferrocarriles asumen, pues, una importancia excepcional en la conciencia de los productores, si se considera que de su empleo — en un sentido u otro: por la causa de la emancipación humana o de la esclavitud obrera — depende el triunfo de uno u otro grupo de beligerantes sociales.

Excursionando en el campo de las hipótesis o de las utopías, y usando un lenguaje, si se quiere, de optimista anticipación, se nos ocurre que debe apreciarse reflexivamente estas posibilidades. Cuando en un futuro — que puede, debe o ha de llegar —, por la lógica invariable que nos da el progreso de la conciencia política y económica de los productores, la suerte haya sido echada por el proletariado revolucionario: "¡Alea jacta est!", y que a éste no le quede más recurso que vencer o morir, los ferrocarriles serán los dueños de la situación.

De su actividad y funcionamiento dependerá el triunfo de la revolución.

Del transporte de efectivos, materiales y provisión, que son los factores decisivos de las luchas modernas — para uno u otro bando combatiente —, dependerá la victoria respectiva.

En ese instante histórico, sobre los trabajadores del riel, caerá la más tremenda de las responsabilidades que pueda haber recaído sobre un grupo humano. Del gesto grande y fuerte que pueda hacer en esa emergencia el obrero ferroviario, dependerá la realización rápida y feliz de las aspiraciones profundas del mundo proletario, el bienestar de la humanidad, el ahorro de innumerables vidas, la economía de ingentes sacrificios y dolores y la aceleración triunfal de nuestros propósitos de libertad y justicia.

¡Cómo no ha de ser grato e interesante para toda alma de obrero ferroviario, consciente e ilustrado, el recapacitar en todos los instantes de su existencia de explotado, acerca de la magnitud suprema de sus funciones y la eficacia decisiva de sus mal remunerados esfuerzos!

¡Cuál de entre ellos no se infundirá inmortales energías en la soledad y retiro de su conciencia superior y revolucionaria para disponerse a considerar, fría y abnegadamente, el deber que le incumba de avalorar en toda su exactitud y realidad el carácter trascendental, decisivo — histórico, si se quiere —, de sus actividades materiales, capaces de libertar, en un momento dado, a la humanidad esclavizada bajo un régimen de odiosa diferenciación, de injustificados privilegios, de innecesarias miserias!

L. B.

TODA ACCION, TODO MOVIMIENTO REAL VALE MAS QUE UNA DOCENA DE PROGRAMAS.

CARLOS MARX.

## Lo viejo y lo nuevo

No todos los argumentos de los que defienden el pasado merecen nuestra estima. Hay quien venera lo viejo porque de lo viejo vive a semejanza de esos gusanos que roen madera descompuesta y papel de archivo. Cuanto más antigua es una ley, una costumbre, una teoría o un dogma, se los respeta más. Habiéndolos contemplado en la lontananza de los siglos que fueron, se los vislumbra en la de los futuros como una provisión inagotable que podrán roer las generaciones conservadoras.

Y sin embargo, ¡qué pobre argumento el de la ancianidad de las ideas! Es difícil no sonreír cuando se abre un código y se lee al pie de la página la sesuda nota en que el comentarista fundamenta un artículo. "Este artículo es casi sagrado, murmura el infeliz, nos viene de las Partidas, de los Romanos". ¡Ah! los Romanos sobre todo. Pero la humanidad cambia, inventa, sueña, y por lo común cuanto más vieja es una cosa, más inútil es. Lo viejo es un resto de lo bárbaro. Es un vestigio del mal, porque el mal es lo que dejamos a nuestras espaldas. Cierta que las leyes que nos encadenan son romanas aún, lo que me parece escandaloso des-

## Primero de Mayo

... Cuando llegaron lanzaron un suspiro, y se enjugaron el sudor, que había cubierto de diamantes la corona gloriosa de sus frentes... Parecía que el iris del ensueño fulguraba en el cielo profundo de sus ojos, después de aquella lluvia dolorosa de sudor y de llanto... Al fin los rojos estandartes clavaron en la tierra.

De los labios, entonces, temblorosa, indecisa, brotó la extraña flor de una sonrisa; las gargantas, sonoras como bronce de un hondo resonar, dijeron — ¡Alto! — y la ateneión suspensa, aguardando, quedó, como una inmensa ola inmovilizada sobre el mar!...

Una alta voz habló:

"¿Por qué luchamos?"  
¿Acaso lo ignoráis? ¿Es que aun se duda cuál sea vuestro norte? ¿Cuál la ruda virtud de nuestro impulso, altivo y fuerte?...  
¿Por qué estamos aquí?

Pues bien, estamos porque la vida es una obscura muerte para quienes tenemos amos, ¡amos!...

¡Cómo debéis saberlo vosotros que pasáis por la existencia, bajo el castigo de contrarias leyes, cargados de paciencia, como bueyes!

¡Cómo debéis saberlo! Sin embargo, ¿Por qué no estáis aquí junto a nosotros, ya que también vosotros hacéis la comunión del pan amargo?...  
¡Un poco de valor y de conciencia, bueyes que váis atravesando el largo camino, bajo el sol de la paciencia!...

¡Si supiérais! En nuestra rebeldía una sombra que ampara y regenera halla el esclavo al terminar el día.

Bajo nuestra bandera se abre el alma al amor, surge en el peño un afán que conmueve las entrañas como en una preñez... ¡Es el impulso que arrancará de cuajo las montañas! De nuestro afán al resplandor propio ¡oh, durmientes del tético letargo! — se goza al menos el placer amargo, pero placer al fin, del sacrificio. No de ese sacrificio que no sabe de la ira del dolor, que siempre es santa; el que soporta en su prisión el ave, que tiembla, se resigna... y luego canta! Sino aquel otro que se yergue altivo, y es arma, vivo, y es bandera, muerto. ¡El del león que cuando está cautivo es más terrible aún que en el desierto!

¿No véis? Os ordenaron a cimentar monstruosos edificios: os inmovilizaron, os arrojaron a hondos precipicios, después sobre vosotros descargaron la pesada ignominia de sus vicios. ¡Cómo debéis saberlo! Vuestros hombros están cansados de la eterna carga. ¿Qué sois? Apenas un montón de escombros.

¿Qué es vuestra vida? Una miseria larga...  
¡Si estuviérais aquí!... Si de una aurora llegase a vuestros ojos la vislumbre, veríais que el dolor que nos devora tiene su nido en vuestra mansedumbre. A nosotros, también, de nuestros amos la inclemencia a su yugo nos amarra, pero esclavos aquí: ¡los que aquí estamos llevamos un consuelo en cada garra!

La sociedad a un árbol se parece que se riega con sangre de infelices. Árbol maldito, si perdura y crece no es más que por vosotros, sus raíces. Tal es nuestro destino. Por él vamos a través de las sombras y del cieno; ¡a quien nos hiera, nuestra sangre damos! Tentáculos prendidos al terreno, la savia elaboramos que sustenta la magnífica pompa de las ramas, la floración que en el azul revienta, los gajos temblorosos como llamas, ya cubierto de un verde esmeraldino, ya envueltos en la gloria de sus flores, ornato y maravilla del camino, columpio de los pájaros cantores.

Sobre la copa, el sol su pedrería vuela en su magno y señoril derroche, y hasta ella bajan su mirada fría los astros de la noche.

Ella tiene la olímpica fortuna de cargarse de perlas de rocío cuando flotan los rayos de la luna, como una cabellera sobre el río. Sus hojas rinde a la caricia leve del viento errante que gimió por ellas, ¡y se cubre de gotas cuando llueve como si se arropase con estrellas!...

En cambio, las raíces, allá bajo, en la sombra, en el agua y en el cieno, prosiguen incesantes su trabajo de producir tanto esplendor ajeno. Para ellas no sonríen las corolas, ni brilla el sol, ni el viento se desata, ni el río melodiza barcarolas, ni entona el ruiseñor su serenata! Se han de hundir más y más dentro la tierra, continuando en la noche su camino; ¡la pompa que levantan, las entiera! Tal es nuestro destino.

¡Vamos hacia la luz! Nos acompaña la fe en la decisión de nuestra mano. No queremos subir a la montaña: ¡queremos arrojarnos al océano!

Ya lo sabéis: hay que allanar la tierra para que pasen los que van llegando. Ahora, ¡seguid! ¡recomenzad la guerra!"

Se agitaron las huestes como cuando

pasa el viento a través de un bosque, hubo la ondulación de un vasto movimiento. Mi alma las vió agitarse, y mi alma tuvo que seguir con el viento.

EMILIO FRUGONI.

Tengamos, pues, en cuenta las circunstancias en que nos toca vivir y actuar y sepamos cumplir con el deber que aquellas nos marcan e imponen, que no es otro que aquel que nos indica Turatti en himno inmortal:

Desunidos, plebe somos, pero fuerte cuando unidos; sólo triunfan los fornidos, los que tienen corazón.

Si es verdad que iguales somos ya que hermanos nos llamamos, ¡pues unidos combatamos por la santa libertad!

brantar tan profunda y bruscamente su original concepción del derecho pacifista — capaz de reformar el mundo de la producción en un sentido socialista, sin violencias ni luchas sangrientas —, ha dado un mazazo mortal a tan pueriles concepciones.

Sus procedimientos brutales; su falta absoluta de consideración hacia los intereses creados; su inmenso desprecio por la vida, la seguridad y el bienestar de las nacionalidades que le dieron existencia y protección, ha hecho cundir la decepción en sus propias filas, y ha iluminado poderosamente la conciencia del proletariado en cuanto a la eficacia de los

política que deberá poseer en el mundo comunista.

Los sindicatos profesionales, pues, deben esforzarse en avalorar con exactitud, y con previsora inteligencia, el grado de importancia que su acción, en un instante dado, podría poseer al emplearse para la materialización de los ideales revolucionarios.

Y aun aceptando que todas las formas y manifestaciones del trabajo humano — en su carácter de trabajo social útil — son igualmente dignas de consideración, si se aprecia la utilidad insuperable de algunos, por su especial importancia en la vida de comunicación y provisión gene-



# LA FICCION DEMOCRÁTICA

## HIPOCRESIA YANQUI

Es proverbial la hipocresía de los norteamericanos. Su doblez corre pareja con su fanatismo.

Y sólo en mérito de esa cualidad, los Estados Unidos, que es el país de los abusos, de las arbitrariedades y violencias, ha podido adquirir la fama de liberal y democrata, que hoy va perdiendo. Sin embargo, la hipocresía yanqui no es de origen reciente. Puede decirse que es anterior a su existencia, por cuanto es ella una transplatación de la no menos famosa hipocresía británica, su madre patria.

Al constituirse en estado independiente, los yanquis proclamaron que los seres humanos, como criaturas de Dios, tenían derecho a una misma vida libre conforme a la razón. Sin embargo, continuaron manteniendo la esclavitud durante varias decenas de años. Y cuando razones puramente económicas—la ruina de la competencia que el trabajo esclavo de los estados del sud hacía al trabajo "libre" de los estados del norte—aconsejaron la abolición de la esclavitud, los amantes del derecho, esos modelos de demócratas, tragadores de biblias y whisky, para resolver ese problema, ¿a qué medio apelaron? No recurrieron, por cierto, a su famosa corte de justicia ni a otros medios razonables y pacíficos: no, apelaron a Mr. Cañón, a la guerra civil, conocida con el nombre de guerra de secesión.

Sin embargo, esos degenerados filibusteros que se levantaron en armas para perpetuar en la tierra el baldón más grande de la humanidad, como fué la esclavitud, pretenden hoy, negar ese mismo derecho a los trabajadores revolucionarios, que anhelan dar por tierra con el actual régimen de explotación y tiranía. Partiendo del falso principio de que las actuales instituciones no deben cambiarse, la "democracia" yanqui persigue a sangre y fuego a los obreros sindicalistas que militan en la I. W. W. y que anhelan la implantación de una nueva sociedad sin clases y sin explotación; y con mayor ensañamiento, si cabe, se viene persiguiendo a los militantes anárquicos y a los partidarios del régimen bolchevista, a quienes se encarcela o deporta, para convencerlos de la superioridad del régimen democrata y parlamentario, que se pretende eternizar.

Esta infame campaña de persecución, los hipocritas lacayos del capitalismo norteamericano, la defienden y tratan de justificar, afirmando que existiendo allí el sufragio universal, es por este medio como debe reformarse las instituciones. Los que siendo minoría, preconizan la revolución y la violencia, agregan, para imponerse a la mayoría, deben ser combatidos, puesto que quieren imponer una nueva tiranía. Este razonamiento, aparentemente lógico,

es fundamentalmente falso. El régimen democrático, como todos los regímenes habidos, tiene su origen y fundamento en la fuerza. Y es este medio su único sostén.

Por otra parte, la actitud adoptada por estos señores yanquis frente al movimiento político socialista, que se desenvuelve dentro de los estrechos límites de la legalidad, pone de manifiesto sus aviesas intenciones y evidencia ante el mundo entero su ilimitada hipocresía.

Los desvergonzados dominadores de los Estados Unidos que—para justificar su guerra salvaje contra los obreros sindicalistas y anárquicos apelan constantemente a los principios democráticos—pisotean y anulan esos mismos principios, cuando se trata de combatir el movimiento socialista.

La burguesía yanqui, con sus políticos corrompidos e inmorales, está dando al mundo el más triste espectáculo. Está demostrando que su democracia es una burda farsa y que su decantado respeto por los principios del derecho, una grosera mentira. La tan famosa "democracia americana" se revela, y se nos revela cada vez más, como una siniestra bandada de buitres insaciables, tanto si se la estudia en su acción exterior como si se la observa en su política interna. Estamos en presencia de una oligarquía infinitamente insaciable e inmoral, que en su afán de acumular riquezas, se ha despojado de todos los más nobles atributos que caracterizan al ser humano.

Y así vemos a estos modelos de demócratas—procediendo con un cinismo y brutalidad sin precedentes—obstinarse a no admitir en el parlamento a Eugenio V. Debs, electo reiteradas veces por el pueblo soberano. Y los ventrudos burgueses del estado de Nueva York—que integran la Cámara Legislativa de Albany—siguiendo el demócrata ejemplo de la Cámara de Representantes—no han permitido la incorporación de cinco representantes de filiación socialista, electos por la población de la ciudad de Nueva York.

He ahí, pues, una prueba elocuente del valor de los principios democráticos y de la sinceridad del famoso autor de los 14 puntos.

Pero con estos procedimientos tan cómodos y expeditivos, lo que triunfará no será el parlamentarismo ni la democracia burguesa. No; los actos brutales y étnicos de estos campeones del derecho y de la democracia burguesa, vienen a dar al régimen proletario de los soviets la única justificación moral que le faltaba. Los burgueses yanquis, al poner en descubierto la mixtificación parlamentaria y democrática, han justificado, sin quererlo, la obra de Lenin y Trotsky.

M. Viamonte.

El pensamiento sindicalista correrá el riesgo de perder todo el contenido práctico que lo anima si no opusiese también una pragmática a las varias corrientes particularistas que se agitan en el seno del movimiento socialista y sindical. La lucha contra las tendencias reformistas como contra la unilateralidad de las escuelas anárquicas, socialistas, libertarias, obrera, se efectúa precisamente con esta voluntad de querer referirse al hecho de la acción combinada del sindicato con este su constante esfuerzo hacia la unidad efectiva de intereses del proletariado, como clase única e independiente de todas las demás clases que viven directa o indirectamente con la explotación del producto.

Pero fuera de estas vastas líneas de su método pragmático, se niega a formular prejuicios e ideologías particulares que quieran imponerse por la fuerza de imperio lógico y por medio de preconceptuado plan exterior al desarrollo complejo y múltiple del movimiento proletario.

Por esto rechaza la limitación dictada por un prejuicio meramente abstracto que el anarquismo tradicional formula sobre la acción directa entendiéndola como una antítesis, el sustituto, lo diametralmente opuesto de la acción parlamentaria. Es la clase obrera la que debe decidir sobre la conveniencia de sus intereses de clase y desarrollar o no esta acción.

Acción directa quiere indicar la restitución de la política proletaria a la clase directamente organizada. Esta acción, por medio del inevitable mandato de delegación, no deja de ser directa mientras tenga su raíz en la clase organizada y ésta la reglamente, la guía, la apoya y presida.

Enrique Leone.

## El caos ruso

### NUEVAS REVELACIONES

Los grandes diarios al servicio de la sociedad de bandoleros que se ha dado en llamar "Entente", no pierden ninguna oportunidad para presentar la Rusia Maximalista bajo los más oscuros colores. Según esas informaciones, el terror, el crimen y la miseria se ensañan por el vasto ex imperio de Pedro y Catalina. Pero, cuando estábamos a punto de aceptar como real tan terrible cuadro, la misma prensa—con el deseo de predisponer la opinión pública a favor de la nueva política de la Entente—extiende ante nuestros ojos un cuadro de sin igual belleza.

Véase, pues, lo que había sido la Rusia soviética que fué calificada hasta ayer de un caos infernal. He aquí un significativo despacho publicado por el diario yanqui "Nueva York World", que fué reproducido por "La Prensa", donde se pone de manifiesto la verdadera situación.

Dice así el despacho:

"Lo primero que sorprende al extranjero que llega a Moscú, es el ambiente de sana alegría y franca hospitalidad del pueblo eslavo. Los viejos, parecen niños, y todos los hombres y mujeres, adultos, dan pruebas acabadas de un optimismo de vida, que contrasta con la tristeza de muchos países de Europa y principalmente de América.

Es que los problemas primordiales de la existencia humana, han sido resueltos en tal forma que hoy por hoy Rusia puede ser considerada la patria ideal del hombre civilizado.

El matrimonio es gratuito y no ocasiona casi gastos. La ceremonia se reduce al registro en una oficina especial de la decisión de los contrayentes de constituir un hogar. El gobierno del soviets fomenta la celebración del matrimonio haciendo entrega a los contrayentes de una cama, sábanas, fundas, cuarenta yardas de tela blanca, ochenta libras de harina y una batería de cocina con todos los útiles para la misma. La pareja recibe también del soviets los boletas oficiales que les da el derecho de efectuar sus compras en los almacenes del soviets del mobiliario necesario a precios verdaderamente excepcionales.

La protección de la maternidad y de la infancia se lleva hasta la exageración. La criatura rusa se considera pensionista del Estado, sin consideración de la posición social de la madre; y esto hasta que haya cumplido los diez y seis años.

Un departamento especial del comariado del pueblo para el bienestar social ha creado numerosos hospitales, jardines de infantes y colonias de niños, que atienden a las necesidades de las madres y de sus criaturas.

Para todas estas instituciones rige el lema: "Los niños son las flores de la vida."

## DE ADAM SMITH

La retribución abundante del trabajo es, en su consecuencia, además de un efecto necesario, el indicio más seguro de los progresos de la industria nacional. El jornal exiguo del obrero es, por el contrario, la señal más indudable de que las cosas se mantienen en una situación estacionaria, o de que decaen cada vez más.

Los comerciantes y fabricantes lamentan con harta frecuencia los desastrosos efectos de la subida de los jornales, porque les aumenta el precio de las mercaderías, disminuyendo, por tanto, la venta de sus artículos. Mas, nada dicen del aumento de las ganancias ni de sus pésimos resultados; callan en lo que se refiere a las consecuencias de su propia utilidad, quedándose amargamente de las ventajas del prójimo.

pués de dos mil años; felizmente nuestra física y nuestra biología no son las de Roma, son las nuestras.

Muchas inmemoriales construcciones deben su duración a su divorcio mismo con lo real. No son ni siquiera obstáculos. Las corrientes de la vida se han acostumbrado a rodearlas para pasar adelante, y pasan en graciosa curva sin tocarlas ya. No es obediencia, es olvido. Quien hoy, por muy Papa y muy obispo que sea, ha dedicado media hora a meditar seriamente en el problema de la Santísima Trinidad? Y no obstante a causa de él se han dado en otro tiempo de puñaladas en las calles. ¡Oh, armatostes apollados, erguidos en medio de la distracción universal! Un buen día el pensador os ve, se ríe y os derriba de un soplo. Bastó un irritado sacudir de hombros para que el pueblo francés volcara el trono más glorioso de Europa. Mañana bastará un gesto para borrar del mundo las sobras romanas. La inmutabilidad no es signo de fuerza, sino de muerte. Hay entre nosotros ídolos enormes que no son sino cadáveres de pie, momias que una mirada reduce a polvo.

Otros adversarios, delicados amantes de las ruinas, nos dicen: "Que ingratos sois con los muertos! Sois hijos y herederos de los muertos; cuanto tenéis era suyo. Vuestro pensamiento y vuestro idioma, vuestras riquezas y vuestros amores, todo os lo legó el pasado. Y volvéis contra el pasado, de que está hecha vuestra sangre y hecho vuestro espíritu, las armas que habéis recogido de las tumbas. Os suicidáis cortando vuestras propias raíces."

Pues bien, ¡no! No somos solamente hijos del pasado. No somos una consecuencia, un residuo de ayer. Antes que efectos, somos causa, y me rebelo contra ese mezquino determinismo que obliga al Universo a repetirse eternamente, idéntico bajo sus máscaras sucesivas. No; el pasado se enterró para siempre en nosotros mismos. Decid que es quizás limitada la materia disponible, que fabricamos el ánfora nueva con el viejo barro, que para enjar mis huesos tomaron las cenizas de mi padre. Decid que la Naturaleza, en su noble afán de hacerla más hermosa, funde y torna a fundir inafatigablemente el bronce de la estatua. Pero, ¡qué importa la materia! La forma, el alma es lo que importa. Sobre el pasado está el presente. Todo es nuevo; nueva la alegría de los niños, nueva la emoción de los enamorados, nuevo el sol a cada aurora, nueva la noche a cada ocaso, y al morir, nuestra angustia no será la de nuestros antepasados, sino un nuevo drama a las orillas de un nuevo abismo. No digáis que el hijo reproduce al padre. No pronunciéis esta frase cruel y necia: "nos heredamos, nos reproducimos, somos los de antes". Blasfemia profunda la que hace la humanidad espectros y no hombres. No somos el pasado, sino el presente, creador divino de lo que no existió nunca. No somos el recuerdo, somos la esperanza.

Rafael Barrett.

**EL MOMENTO NO PERTENECE YA A LAS IDEAS: PERTENECE A LOS ACTOS Y A LOS HECHOS. LO QUE HOY IMPORTA SOBRE TODO, ES LA ORGANIZACIÓN DE LAS FUERZAS DEL PROLETARIADO. PERO, ESTA DEBE SER OBRA DEL MISMO PROLETARIADO.**

**SI YO FUERA JOVEN, ME TRASLADARÍA AL MEDIO OBRERO, Y, DIVIDIENDO LA EXISTENCIA LABORIOSA DE MIS HERMANOS, PARTICIPARÍA IGUALMENTE EN EL GRAN TRABAJO DE LA ORGANIZACIÓN NECESARIA.**

MIGUEL BAKUNIN.

## EL EXPERIMENTO

Después de varios meses de trabajo forzado, el famoso V Congreso que—según sus propias confesiones buscaba la derrota completa de nuestra Federación y "La Fraternidad", cosa que no ha conseguido ni conseguirá jamás, mientras haya ferroviarios conscientes—ha realizado un experimento decisivo, que evidenció... la fuerza y prestigio que supo conquistar.

Los grandes diarios, obedeciendo indicaciones de la policía, aturdieron la población anunciando una declaración de huelga general con proyecciones revolucionarias, el descubrimiento de grandes fábricas y depósitos de bombas explosivas, etc., etc. Pero, la huelga no tuvo efectividad, y las bombas terribles, que debían poner fin al malhadado régimen burgués, sólo sirvieron para justificar los aumentos de sueldo que reclamaban los polizontes.

Lo ocurrido es de una elocuencia verdaderamente dolorosa. Ha evidenciado que tan decantadas adhesiones de gremios obreros que el V Congreso se atribuía, era un verdadero cuento, (cosa que, por otra parte, los militantes sinceros lo habían puesto de manifiesto); puso en evidencia, también, que si en el V había hombres de buena fe—y las detenciones habidas no dejan lugar a duda—había también muchos instrumentos burgueses y agentes de policía...

Porque los grandes y famosos descubrimientos policíacos, no tienen más explicación: que los mismos agentes policíacos fueron los autores de las bombas o, por lo menos, "socios" o "compañeros" de los pocos ilusos que resultaron víctimas. Y ya sea de un modo o de otro, lo cierto es que el V Congreso sólo constituye un peligro para el movimiento sindical auténtico, que él trata de dividir con fútiles pretextos.

Es de esperar que los hombres sinceros que militan en gremios autónomos, en el V Congreso, aprovecharán la lección que ofrece el reciente experimento y cambiarán de actitud. La división no conduce a ningún resultado práctico y sólo beneficia a los enemigos de nuestra clase.

Por lo demás, entre nosotros no ha tenido ni tiene razón de ser. Todos los obreros—cuquiera que sean sus ideas e inclinaciones—deben militar en la F. O. R. A., donde las ideas y tendencias gozan de la mayor libertad y del más profundo respeto. La F. O. R. A. no profesa oficialmente ninguna doctrina, y deja a cada uno de sus afiliados para que profese y propague la que crea más conveniente.

Además, cada organización adherida, es libre de administrarse como mejor le parezca y de emplear, en sus luchas, los medios que juzgue más eficaces. No hay, pues, ningún fundamento para seguir apartados y divididos. Y no olvidemos, por último, que nuestra desunión nos perjudica. Si la entidad nacional adolece de algunos defectos o deficiencias, tampoco hay que olvidar que para corregirlos es necesario militar en ella. Es, pues, el momento de la reflexión, es necesario preocuparse seriamente de esta cuestión que tantas rencillas ha provocado entre nosotros, y entregarnos de lleno a recuperar el tiempo tan lastimosamente perdido.

Dediquemos entonces todas nuestras energías a hacer algo positivo por la emancipación de nuestra clase, tan castigada por el capitalismo y sus serviles aliados; reforcemos y perfeccionemos nuestra organización sindical, con la convicción de que sólo así contribuiremos a la implantación del nuevo régimen de libertad y justicia por el cual luchamos los trabajadores conscientes de nuestra misión histórica en la sociedad humana.

¡A la obra! ¡A la unión!

P. S.

## El periodismo en la democracia

La guerra ha revelado, como si fuese una lente de aumento, cuan terrible e irresistible influencia tiene el periodismo moderno.

El honorable Nitti, desde su escaño de diputado, pudo decir, pocos meses atrás, que "la guerra de Italia fué querida por una minoría contra la voluntad de la mayoría del país y del parlamento".

Y es cierto! Pero el gobierno y los industriales fabricantes de armas y proveedores de la administración militar tenían en sus manos los nueve décimos del periodismo italiano. Las potencias extranjeras tenían en el mismo periodismo influencias decisivas (financieras y políticas). La guerra es una forma de negocio para la conquista de territorios y mercados. Y por consiguiente, el periodismo, como sirve a la industria y al comercio con los anuncios de cuarta, o sexta o décima página, así sirvió para crear en Italia, en la primavera de 1915, una corriente de opinión pública (especialmente en los grandes centros urbanos), por la cual el gobierno llevó a Italia a la guerra "contra la voluntad de la mayoría".

Por lo demás, no es observación nueva—pero la guerra, como de costumbre, la puso como bajo una lente de aumento—que la historia está hecha por las minorías. "Son los que menos tiran, los más", dice el poeta Giusti, y tiene razón.

Las minorías audaces, volitivas, violentas, arrastran siempre, o casi siempre, a las mayorías, que, naturalmente, son pesadas, amantes de la vida tranquila, y soñolientas como un rumiante.

Si, además, la minoría puede disponer del periodismo, "ningún reparo puede hacer la gente", como dice Dante.

El periodismo en las democracias, por consiguiente, es como... un comercio de venenos al por mayor.

Arsénico, estriamina, opio, cocaína, pueden ser remedios saludables (usados con conocimiento médico) y pueden ser venenos mortales, si de ellos se abusa o se venden libremente.

Lo mismo se puede decir del alcohol: que en algunos países se ha convertido en monopolio del estado, tanto para su producción como para su comercio, precisamente como "veneno social".

Y en todos los países los reglamentos sanitarios imponen normas y restricciones vigorosas para el comercio de los venenos.

Para el periodismo, en cambio, especialmente en el régimen democrático prevalece el principio absoluto de la "libertad de imprenta".

Antes de la guerra, yo no he tenido duda alguna sobre la verdad de este principio democrático, que la revolución francesa, por reacción contra la tiranía medioeval, ha impuesto al mundo moderno.

Durante la guerra y después de la guerra comencé a dudar. Primeramente, "la libertad de imprenta", que comprende el derecho de imprimir lo que se quiere, pero que presupone la posibilidad financiera de crear un diario (y los diarios modernos cuestan millones), es una fórmula platónica y abstracta.

La libertad de imprenta es, en realidad, un privilegio de los ricos, que disponen de los medios financieros para fundar, sostener y difundir los diarios.

Las clases trabajadoras, por ejemplo, especialmente los campesinos, ¿cómo pueden utilizar para sus intereses materiales y morales, esta libertad de imprenta, si a duras penas pueden publicar un modesto periódico que viene a ser, técnicamente comparado con grandes diarios, como el carrito a la locomotora?

De todas maneras, el periodismo es un gran "veneno social" como el alcohol o el opio, que puede ser saludable o mortífero, según como se emplea.

Enrique Ferri.

## DE TH. HERTZKA

Aquel que dijera que no quería dar a sus bueyes o a sus caballos el alimento necesario porque no se lo da su vecino, sería considerado como un loco, y en la misma opinión sería tenido todo negociante que dijera lo mismo con relación a sus altos empleados; sólo cuando se trata del vulgar trabajador manual cosa varía.

Se desprecia al prestamista que se aprovecha de las necesidades del prójimo que a él acude, para elevar los intereses, y aun la moderna legislación lo considera como delicto. Estos ensayos jurídicos para atajar el mal, según se apoye o no en un verdadero sentido moral, pueden dar resultados favorables o contraproducentes. En cambio, a los que, lucrando sobre el trabajo de los demás, consolidan su fortuna, se les considera como bienhechores de la humanidad, permitiéndoles y aun dándoles toda clase de facilidades para llevar a cabo su explotación, a pesar de que la usura del trabajo es mucho más perjudicial y de peores resultados que la usura del dinero. Se ha llamado al usurero un chapador de sangre, lo cual solamente es cierto en sentido figurado; lo que a él le satisface es la codicia, y no necesita alimentarse con la carne y la sangre de sus víctimas. No sucede así con el usurero del trabajo, del cual bien puede decirse, sin acudír a ninguna clase de figura retórica que se enriquece con la propia vida de sus víctimas.

## DEL SINDICALISMO

### LA ACCION DIRECTA

La acción directa del proletariado se desenvuelve, pues, de modo continuativo en la lenta reconstrucción económica potencial del sindicato y en la gradual formación del nuevo espíritu de solidaridad. Esta no debe estar sujeta, conforme con el espíritu sintético del sindicalismo, enemigo de toda unilateral interpretación de escuela y de ideología, a las restricciones sugeridas por el programa político particular de tal o cual fracción proletaria.

La acción del proletariado, ejercida por él directamente, se desarrollará con aquellas formas y aquellos medios que la interpretación auténtica de los propios intereses de clase le sugerirá en las particulares condiciones históricas en que actúe.

Y ante todo el sindicalismo que quiere inspirarse en la realidad de los hechos y huir de los apriorismos, de las fórmulas,

consciente como es de que las ideologías nacen de las necesidades y no el curso de éstas de las ideologías, debe combatir las interpretaciones unilaterales y viciosas que de la acción directa ha dado alguna escuela socialista, principalmente la escuela anárquica. Esta ha confundido la acción directa con una especie de indelegabilidad del mandato, conforme con los propios conceptos metafísicos del antiautoritarismo libertario.

Semejante interpretación idealística de la acción directa la desmiente diariamente la práctica sindical. Cada sindicato tiene un comité que administra sus asuntos, cuyos miembros son precisamente mandatarios. Toda la función ejecutiva local y central de las organizaciones se confía a comités, generalmente elegidos por delegación por la masa sindical.

La acción directa, tal como se la figura la especial escuela anárquica, es un hipotatismo de su doctrina. El mérito positivo del sindicalismo, como dijimos antes, consiste en desprenderse de los lazos ideológicos de toda particular escuela: sobre todo renuncia a la pretensión de querer sustituir las ideas a las cosas. Con esto no quiere decirse que bajo la sugestión y la valoración directa de los propios intereses no pueda el proletariado caer en error y desviarse de su real camino.

Pero como la lucha de clases es una fuerza real del mundo presente que obra con la indetenibilidad del torrente, estos desvíos provisorios del movimiento proletario de su camino no tardan en ser corregidos por la fuerza ciega de las cosas, reconduciendo al proletariado por el buen camino.

Sin embargo, con todo esto no queremos decir que el sindicalismo tenga que renunciar, como método y como pedagogía obrera, a la dirección que la experiencia acumulada y el conocimiento más general de las leyes que rigen el mundo económico presente indiquen como más directamente beneficiosas a su acción. Los astrónomos estudian el mundo sideral y trazan sus leyes sin poder sacar de éstas normas prácticas que influyan sobre los fenómenos celestes. Los observadores sociales, los economistas, se hallan en una posición diferente; las leyes sacadas de la observación social son de naturaleza pragmática: el hombre no solamente las observa, sino que influye para formarlas, para cambiarlas de lugar, para traducirlas en actos. Dice Dante en su "Política", un libro saturado de auras de verdadera modernidad: "Hay ciencias, como las matemáticas, la física y la "divina", que no estando sometidas a nuestra potestad podemos solamente especular con ellas; pero hay otras, como la política, que están sometidas a nuestra potestad, y en estas disciplinas podemos, no hacer la operación para la especulación, sino la especulación para la acción" (in his non operatio propter speculationem, sed haec propter illam assumitur).



## Capital y Capitalismo

Ciertamente es el capital un maravilloso instrumento. Sin él habría sido imposible la civilización. Por su medio obtiene el hombre el triunfo en su lucha con la naturaleza. A él se debe el mejoramiento de la condición humana, que procura al mendigo de hoy más comodidades de las que gozara un soberano en la Edad Media. A él se debe ese progreso industrial, cuyos prodigios nos asombran. El procura medios a la cultura del espíritu. Por él la humanidad se enriquece y se eleva. Gracias a él toma el hombre posesión de la tierra. El capital es el talismán portentoso, la lámpara de Aladino de los milagros económicos.

El capitalista es otra cosa. Burgués, necesita un ejército que lo defienda, y mantiene al pueblo, para garantizar su propia libertad, bajo la militar servidumbre. Rentista, su cupón representa la sangre del pobre. Latifundario, se niega a cultivar, y el título vacío de su propiedad hace morir de hambre a poblaciones enteras sobre un suelo fértilísimo. Agiotista, impone en la Bolsa el precio de los valores y siembra en torno suyo la ruina y el suicidio. Usurero, explota la miseria y se lucra con las angustias de la indigencia. Vanidoso, ostenta un lujo insolente y malogra las riquezas económicas en un consumo improductivo. Licencioso practica el juego y fomenta la prostitución. Fanático, sacrifica los intereses de la sociedad a sus egoísmos de ultratumba. Los pobres sueñan, pero las empresas se enriquecen.

No está bien formulado el problema social como una oposición y contienda entre el capital y el trabajo. Estas concepciones abstractas inducen fácilmente a error. Lo que hay en realidad frente a frente son dos propiedades. En el desenvolvimiento histórico del derecho de propiedad han incurrido los humanos en una increíble aberración.

Hay una propiedad primaria, espontánea, eterna, que lleva en sí su propia legitimidad, que no necesita para subsistir del reconocimiento social, que nace de las entrañas de la naturaleza humana: la propiedad que cada hombre tiene sobre sí mismo, su cuerpo y su espíritu, sus sentidos y sus potencias, sus manos, sus pies, sus ojos, sus miembros, sus pensamientos y sus afectos. Hay otra propiedad artificial, externa, adventicia, precaria, que la ley reconoce y el convenio social sanciona, y es la de los bienes exteriores. Pues, por una inversión increíble de los términos de la razón y de la lógica, esta segunda propiedad se ha superpuesto a la primera dominándola y esclavizándola. El efecto ha podido más que la causa; lo artificial se ha hecho dueño de lo natural; lo accesorio, de lo principal y de lo esencial del accidental.

Llegó un momento en que un hombre pudo disponer del instrumento de trabajo que era a otro necesario, y se lo alquiló a cambio de sus servicios. El día en que se consumó este contrato, tan legítimo en apariencia, quedó sancionada la más negra de las injusticias. De aquel pacto proceden todas las tiranías y todas las esclavitudes. Trastocadas entonces las funciones fundamentales del derecho, todavía hoy vivimos en pleno imperio de la iniquidad. Quien posee medios económicos, puede impunemente dejar baldías sus facultades productoras; otros producirán para él. Quien no tiene otra cosa sino la propiedad primaria de sus fuerzas y energías, ese depende, es tributario y siervo del egoísmo ajeno. El vampiro chupará lo mejor de su sangre. Obrero, trabajará para el patrono; colonato, para el propietario; asalariado, para el amo. Nada basta a redimirle de esa servidumbre; se somete o muere.

Un poder, tan turbio en su origen y tan demerado en su eficacia, exigía, a menos una infinita prudencia en su ejercicio de parte de los que lo emplean. El capitalismo no se cuida siquiera de guardar las apariencias. Cegado por su codicia, no teme desafiarse en los abismos del desdén. Cualquiera que pueda ser la solución del problema social, la forma del progreso jurídico, en el orden económico, será necesariamente la de consagrar el respeto del capital, eliminando poco a poco al capitalista.

Alfredo Calderón.

## Las ideologías en el movimiento sindical

### EXPERIENCIA DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

Dar las ideas significa hacer propaganda de las propias ideas y no ya, imponer una teoría obligatoria. ¿Quién es entonces aquel que teniendo ideas renunciaría a defenderlas por estar esperando el desarrollo futuro del pensamiento obrero?

Entendámonos bien. La Internacional era una asociación obrera que tendía a reunir en su seno a todo el proletariado, y por lo tanto, su terreno propio era la lucha económica, independientemente de las opiniones políticas, filosóficas y religiosas que podían dividir sus miembros. Y fué error (el error que, a mi juicio, más que ningún otro, le condujo a la muerte) aquel de haber acogido en sus congresos ciertas teorías que se convirtieron en la doctrina oficial de la asociación. Estas teorías (colectivismo o comunismo, socialismo democrático, anarquismo) debían haber quedado, a mi modo de pensar, como programas de los grupos de ideas, los cuales debían propagarlas entre las masas de la Internacional, sin pretender que ellas fueran aceptadas por todos: cosa que por una parte impedía

la entrada en la Internacional de los obreros no convertidos todavía, y por otra, producían el cisma y la lucha a muerte entre las diversas escuelas y los diversos partidos que habían entrado en la asociación. Por este error, la Internacional en Italia, no fué realmente, otra cosa que el partido anarquista, o más bien dicho, una especie de partido anárquico que reunía también en su seno a muchos que eran "anarquistas y comunistas", sólo porque ese era el programa de la asociación en la cual se encontraban.

Es el mismo caso de la Unión Sindical. Nosotros queremos que ella quede neutra en el terreno político y religioso, para que pueda acoger todas las masas que comienzan a rebelarse contra la explotación y a iniciarse en la lucha contra los patronos. Como anarquistas, queremos hacer propaganda anarquista y aprovechar del movimiento obrero en beneficio de nuestra causa; pero no queremos que la Unión Sindical se declare anarquista.

Enrique Malatesta.

El ejército, en los tiempos antiguos, casi siempre tuvo su origen en un grupo de facinerosos, enemigos del trabajo y resueltos a vivir de lo ajeno. Como era natural, en cuanto estos bandidos imponían su autoridad en cierta superficie del país, se convertían en protectores de los que trabajaban para ellos. Más de una vez hemos dicho que el orden ha sido creado por el bandolero convertido en gendarme.—Ernesto Renán.

## Cooperación inesperada

La circular número 15 de la Dirección General de Ferrocarriles, ha venido a cooperar eficazmente a nuestra labor unionista. El personal de trenes y de locomotoras, dándose cuenta de la gravedad que esa reforma encierra, se ha apercibido que para resistirla era preciso obrar de acuerdo, y en todas partes se han unido. El Consejo Federal, comprendiendo que

# ¡COMPAÑERO!

En aquella ciudad todo era extraño, inexplicable. Un sinnúmero de iglesias levantaban al cielo sus cúpulas lucientes y polieromas, pero las paredes y las chimeneas de las fábricas eran más altas que los campanarios, y los templos hallábanse envueltos por el tumulto de los edificios industriales y se perdían entre los rectos muros de piedra, como flores fantásticas entre el polvo y la desolación de las ruinas.

Y cuando las campanas de las iglesias llamaban a oración, sus bronceadas voces, arrastrándose sobre el hierro de los techos, se perdían apagadas en los angostos laberintos de las casas.

Los edificios eran inmensos y algunos bonitos; las gentes, deformes y mezquinas. De la mañana a la noche, los hombres, como corrientes grises, marchaban agitados por las calles estrechas y tortuosas de la ciudad y con ávidas miradas buscaban algunos el pan, otros las diversiones, otros, finalmente, parados en las bocacalles, espían ansiosos y hostiles que los débiles se doblasen resignados a la voluntad de los fuertes.

Fuertes eran llamados los ricos. Todos creían que sólo el dinero podía dar poder y libertad al hombre. Todos deseaban el poder, porque todos sufrían la esclavitud; el lujo de los ricos hacía nacer la envidia y el odio de los pobres; ninguno conocía música más agradable que el tintineo del oro, y como consecuencia, cada uno era enemigo del otro y la crueldad dominaba a todos.

Por encima de la ciudad resplandecía alguna vez el sol, pero la vida era siempre tétrica y los hombres semejantes a las sombras. De noche encendían muchas y alegres luces; pero entonces por las calles comparecían mujeres hambrientas vendiendo sus caricias; por todas partes penetraba en la nariz el agudo olor de los manjares y en cualquier sitio se veía brillar silenciosos y ávidos, los tristes ojos de los hambrientos. Y por el espacio, lentamente, subía el lamento sofocado de una inmensa infelicidad, a la que faltaban fuerzas para manifestarse en alta voz.

Todos vivían fatigados y agitados, todos se sentían culpables; muy pocos estaban seguros de tener razón, pero estos pocos, rudos como bestias, eran los más crueles...

Todos querían vivir y ninguno sabía cómo; nadie podía seguir libremente las propias aspiraciones, y a cada paso hacia el porvenir se veía obligado involuntariamente a volverse hacia el presente, el cual, con las manos fuertes y pesadas de un ávido monstruo, detenía al hombre en su camino y le envolvía en sus líbicos brazos.

El hombre, angustiado y perplejo, se detenía extenuado ante aquella faz monstruosa de la vida. Con sus mil ojos tristes le miraba en el corazón implorando alguna cosa, y entonces se debilitaba en su alma las imágenes distintas del porvenir, y el lamento de impotencia del hombre se perdía en el coro discordante de los gemidos, de los gritos de todos aquellos infelices mártires de la vida.

Se notaba en todo momento el fastidio, la agitación; ahora el miedo, y en torno a aquellas gentes, inmóvil como una prisión, reflejando los vivos rayos del sol, estaba aquella ciudad melancólica y tene-

broso, de piedras que oprimían los templos.

La música de aquella vida no era más que un lamento de dolor y de odio, un apagado susurro de animosidad encubierta, un grito desgarrador de crueldad, un rechinar voluptuoso de violencia...

En medio del triste y vano afanarse de dolores y desventuras, en la confusa convulsión de la aidez y de la necesidad, en el fango del bajo egoísmo, por los subterráneos de las casas, donde vivía aquella miseria que había creado la riqueza de la ciudad, giraban invisibles soñadores, solitarios llenos de fe en la humanidad, aislados de todos; predicadores de rebelión, chispas sediciosas del lejano fuego de la verdad.

Llevaban consigo secretamente a los subterráneos pequeñas semillas, fructíferas siempre, de una doctrina simple y elevada, austeramente, con una brillante luz en los ojos, o dulcemente y con amor, sembraban aquella verdad evidente y deslumbradora en los oscuros pechos de los hombres esclavos, transformados, por la fuerza de los avaros y por la voluntad de los crueles, en instrumentos ciegos y taciturnos de lucro.

Y estos hombres oscuros y esclavos, con desconfianza prestaban oído a la música de las nuevas palabras, música que su corazón invocaba confusamente hacía ya mucho tiempo; levantaban poco a poco la cabeza, rompiendo las cadenas de las hábiles mentiras con que les había tenido oprimidos la violencia de los ricos y de los potentados.

A su vida, llena de animosidad sorda y reprimida; a sus corazones, envenenados por infinitas ofensas; a la conciencia de los fuertes, a aquella vida difícil y triste, llena de amarguras, de humillaciones, llegaba una palabra simple y serena: ¡Compañero!

La palabra no era nueva para ellos; la habían oído y pronunciado, pero hasta aquel momento había tenido un significado vacío e insulso, como todas las palabras conocidas que se pueden olvidar sin sentimiento.

Pero ahora aquella palabra, clara y fuerte, tenía otro sonido, otra alma; se sentía en ella algo de rudo, de deslumbrador, de polidrico, como un brillante. La aceptaron y comenzaron a pronunciarla con cautela, meciéndola con dulzura en el corazón, como una madre que admira y mece a su hijito en la cuna.

Cuanto más profusamente penetraban en el alma serena de la palabra, tanto más serena, significativa y clara se les aparecía.

—¡Compañero!—decían. Sentían que esta palabra había venido para unir a todo el mundo, para realizar a todos los hombres a la altura de la libertad, ligarlos con nuevos vínculos; vínculos fuertes de estimación recíproca, de estimación por la libertad del hombre, por amor de su redención.

Cuando esta palabra se grabó en el corazón de los esclavos, éstos dejaron de serlo, y un día anunciaron a la ciudad y a todas las actividades la gran palabra humana.

—¡No quiero!

Entonces la vida se detuvo, porque ellos son la fuerza que le da movimiento, ellos

## PROTECCION

Diéronme con insistencia consejos—¡aun lo escucho!— y con gran benevolencia inculcáronme paciencia: ¡oh, me protegeron mucho!

Mas, protegiéndome así, en la tumba dan conmigo, si al verme cerca de allí, un valiente, un buen amigo no se interesa por mí.

El me sostuvo y salvó; jamás habré de olvidarlo: una cosa me afligió; no poder nunca abrazarlo porque ese amigo... era yo.

Enrique Heine.

## Lo que piensan los burgueses

"Ha llegado ya el momento en que la A. F. of L. sea disuelta y se declare contra la ley la amalgama de varias asociaciones obreras, dos o más. Ningún gobierno, en ningún país, en ningún tiempo, ha podido perpetuarse cuando ha tolerado en su seno una fuerza mayor que la que él mismo posee. Debemos reconocer el derecho de los hombres a inscribirse en uniones obreras. El abuso del unionismo comienza cuando dos o más uniones se amalgaman en una federación. Inmediatamente se convierten en una amenaza a la felicidad y bienestar de la nación.—Samuel H. Church, presidente de la Carnegie Institution."

y ningún otro. Se detuvo la corriente del agua, el fuego se apagó, la ciudad cayó en las tinieblas, y los fuertes se sintieron niños.

El miedo se apoderó del alma de los violentos, y se vieron en la necesidad de encubrir su animosidad contra los rebeldes, inciertos y aterrizados ante su fuerza.

El espectro del hambre se levantó ante ellos, y sus hijos lloraron.

Las casas y los templos, rodeados por las tinieblas, se confundieron en un caos de piedras y de hierro sin alma; un silencio siniestro llenó las calles con su niebla letal; la vida se detuvo, porque la fuerza que la hacía nacer se había conocido a sí misma y el hombre esclavo había encontrado la palabra mágica; invencible para expresar su voluntad, se había libertado de la opresión y había visto su fuerza, fuerza de creador.

Los días eran días de angustia para los fuertes, para aquellos que se creían dueños de la vida; cada noche valía por mil, tan espesas eran las tinieblas, tan mezquinamente brillaban las luces en la ciudad muerta, y ésta entonces, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentaba ante ellos en su monstruosa nulidad, como un misero amasijo de piedras y madera. Las ventanas ciegas de las casas, frías y tristes, miraban las calles, y por las calles caminaban atrevidamente los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que los otros, pero estaban acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los ricos, y no apagaban el fuego de su alma. En ellos ardía la conciencia de su propia fuerza; el presentimiento de la victoria brillaba en sus ojos.

Caminaban por las calles de la ciudad, de aquella prisión melancólica y angosta donde habían sido cubiertos de desprecio, donde su alma había sido ultrajada, y veían la inmensa importancia de su trabajo, y esto les hacía concebir el sagrado derecho que tenían de ser dueños de la vida, de ser sus legisladores, sus creadores. Entonces, con energía nueva, con resplandeciente claridad, se les presentó la palabra capaz de vivificar y unificar:

—¡Compañero!

Resonó entre las mentidas palabras del presente como un anuncio del porvenir, de una nueva vida abierta a todos igualmente.

—¿Estará lejos o cerca?—se preguntaron, y comprendieron que esto dependía de su voluntad, porque ellos pueden aproximar la fecha de su libertad, como alejar su llegada.

La prostituta, hasta ayer bestia medio hambrienta, que esperaba con angustia en la oscura callejuela que cualquiera se le acercase y brutalmente comprase sus forzadas caricias por una pequeña moneda, también oyó aquella palabra, pero, sonriendo turbada, no se decidía a repetirla. Un hombre de los que hasta entonces no se había encontrado jamás, se le acercó, le puso una mano sobre el hombro y le dijo con tono fraternal:

—¡Compañero!

Y ella sonrió tímidamente para no procurrir en un llanto de alegría. Porque era la primera vez que su corazón ultrajado probaba tanto gozo. En sus ojos, que ayer miraban al mundo desearadamente con la expresión estúpida de un animal hambriento, brillaron las lágrimas de una primera felicidad pura. Este gozo de la comunión de los abyectos, con la gran familia de los trabajadores de todo el mundo, brillaba por doquiera en las calles de la ciudad y siempre más fríos y más siniestros lo observaban los turbidos ojos de las casas.

El mendigo, al que por alejarlo, se le lanzaba una misera pieza, precio de la compasión de los hartos, oyó también esta palabra, y le pareció el primer limosna capaz de suscitarse la gratitud de su pobre corazón, corroído por la miseria.

El coebero, joven ridículo, a quien los señores golpeaban en la espalda para que transmitiese el golpe al caballo extenuado, este hombre golpeado tantas veces, ensordecido por el ruido de las ruedas sobre el empedrado, dijo también al transeunte, abriendo los labios a una sonrisa franca:

—¿A dónde te llevo, compañero?...

Dijo, pero tuvo miedo, y tiró de las bridas pronto a escapar, y se puso a mirar al transeunte, no sabiendo disimular en el rostro, ancho y rojo, la sonrisa jovial. El transeunte le miró con ojos benévulos y respondió, inclinando la cabeza: —¡Gracias, compañero! Puedo ir a pie, no está lejos.

—¡Oh! ¡Madre Inmaculada!...—exclamó el coebero reanimado; giró sobre su asiento silbando alegremente y partió.

Los hombres caminaban en grupos por las aceras, y entre ellos, como una chispa, se inflamaba siempre con más frecuencia la gran palabra destinada a unir al mundo:

—¡Compañero!

Un polizonte de espesos bigotes, pensativo, se acercó con aire de importancia a la multitud que en la esquina de una calle rodeaba a un viejo orador, y después de haber escuchado largo rato su discurso, dijo lentamente:

—Están prohibidas las reuniones... Separaos... señores...

Y después de un momento de silencio, miró al suelo y dijo en voz baja:

—¡Compañeros!...

En los rostros de aquellos que llevaban esta palabra en el corazón, que la habían dado carne y sangre y el significado de llamada a la unión, brillaba el sentimiento de orgullo de los jóvenes creadores, y era lógico que la fuerza que ellos ponían en esta palabra no podía ser destruida.

Ya se reunían contra ellos turbas grises y ciegas de hombres armados que formaban silenciosas filas regulares; la enemiga de los violentos se preparaba a rechazar las ondas de la injusticia.

Y en las calles estrechas y angostas de la inmensa ciudad, entre los muros fríos y silenciosos, erigidos por la mano de creadores desconocidos, crecía cada vez más y se maduraba la gran fe de los hombres en la fraternidad de todos con todos.

—¡Compañero!

Acá y allá se encendía un pequeño fuego llamado a ser una llama que abrasara la tierra con el vívido sentimiento de la fraternidad de todas las gentes.

Abrasará toda la tierra y quemará y reducirá a cenizas el odio y la crueldad que nos deforman; abrasará todos los corazones y los fundirá en uno solo: el corazón de los hombres justos y nobles en una familia indisoluble de libres trabajadores.

En las calles de la ciudad muerta, creada por esclavos, en las calles de la ciudad, donde reinaba la crueldad, creció y se reforzó la fe en el hombre, en su victoria sobre sí mismo y sobre los males del mundo.

Y en el caos confuso de la vida agitada y privada de alegrías, como estrella luminosa, como faro del porvenir, brilló la palabra simple, profunda, como el corazón:

—¡Compañero!

Máximo Gorki.

LA FUERZA Y EL PODER DE TODO SINDICATO, FEDERACION Y CONFEDERACION, RESIDE, NO EN UNA FICION AUTORITARIA, NI EN UNA "ABSTRACCION IDEOLOGICA", SI NO EN SI MISMO, EN TODO ACUERDO, EN TODO PLAN ADOPTADO POR TODOS LOS ASOCIADOS A QUIENES DIRECTAMENTE INTERESE, MEDIANTE EL ESTUDIO PREVIO NECESARIO.

NO ES LA FUERZA EL IMPOSIBLE DE UNA UNION HETEROGENEA, SI NO LA COINCIDENCIA EN UNA ACCION DE MUCHAS CONCIENCIAS Y MUCHAS VOLUNTADES PERFECTAMENTE HOMOGENEAS.

ANSELMO LORENZO.

## Lo que dice la experiencia

Está llegando el momento ansiado por todos los obreros conscientes de su misión histórica dentro de la sociedad humana, y es necesario prepararnos para hacerle frente.

Está demostrado ya que la fuerza es la sólida base de todos los derechos, cualquiera que éstos sean. Partiendo de esta premisa que la experiencia histórica hace irrefutable, nuestro derecho, el derecho a la libertad que la clase trabajadora lucha por imponer en estos momentos, debe estar apoyado por una fuerza equivalente al valor de aquél, si queremos salir triunfantes de la batalla que ha de librarse para determinar nuestra esclavitud o nuestra libertad económica y social.

Es, pues, necesario reforzar nuestra unión, que debe ser, además de cuantitativa, cualitativa, ya que de ella, sólo de ella depende el triunfo o la derrota. Nuestra fuerza, entendiéndose bien, consiste, y ha de consistir en todos momentos, en la organización, en la inteligencia y en la voluntad de los trabajadores, para que al grito de alerta, pudiéramos, al unísono, practicando nuestro derecho a la libertad, negar el derecho de existencia a la clase que desde siglos nos oprime...

¡De frente, pues, trabajadores!...

A. Barrera.

Villa Valeria, mayo de 1920.

O EL GOBIERNO DIRIGE LOS FERROCARRILES O ESTOS HAN DE DIRIGIR AL GOBIERNO. NO HAY MEDIO DE ELUDIRLO. NEGAR UN TERMINO DEL DILEMA ES VENIR A CAER EN EL OTRO.

Henry GEORGE.

## Incumplimiento de la Reglamentación del Trabajo

### Protestas de las secciones

A pesar de las reiteradas reclamaciones que venimos haciendo ante la Dirección General de Ferrocarriles y primer magistrado de la Nación, las empresas ferroviarias continúan violando con el mayor cinismo la Reglamentación del Trabajo Ferroviario, dictada por el Poder Ejecutivo con fecha 11 de octubre de 1917.

Seguros como están los representantes de las empresas de la parcialidad de la referida Dirección, imponen al personal su capricho, sin tener en cuenta para nada las disposiciones legales.

Esta actitud, que pone de manifiesto la absoluta falta de escrúpulos de las grandes empresas, está sublevando los ánimos de los obreros, y no sería extraño que, en defensa de las dignidades e intereses del gremio, se tomen, dentro de muy poco tiempo, medidas energéticas.

La mayoría de las secciones federadas, han exteriorizado su protesta contra la burla de las empresas y Dirección General de Ferrocarriles, por medios diferentes, como ser: cartas y telegramas al presidente de la República, o manifiestos explicativos que han sido profusamente repartidos por todo el país.

Como confirmación de lo que dejamos expuesto, transcribimos a continuación algunos párrafos de algunos de los manifiestos que tenemos a la vista:



